

janza de una águila que se encara con el sol; se irguió con toda la altanería propia de un orgullo rayano en soberbia; y dijo estas solemnes palabras.

—Os habeis aprovechado bien cruelmente de un minuto de debilidad, comprensible á los años que cuento, y tras las amarguras que sufro. Me habeis ofendido creyéndome capaz de doblegar mi virtud á una pasión criminal, porque la he confesado en los desvanecimientos de un vértigo. Pero aun tengo la conciencia bastante luminosa y la voluntad bastante fuerte y la palabra bastante clara para deciros que antes que á vuestros brazos, me entregaré en brazos de la muerte. Renunciad, pues, á todas esas esperanzas insensatas que no lograrán jamás ni someter mi virtud ni empañar mi honra. Adios para siempre.

Y Lucrecia se levantó con serena majestad, saludó con profunda reverencia, y corrió con precipitación para ganar la puerta de la galería que daba al interior del Convento, cuando la detuvo y casi la petrificó en mitad de su carrera una voz que resonara en el otro extremo, en la puerta que daba al exterior, y que dijo en tono de solemne anuncio este nombre:

—El caballero Guido de Montaperto.

CAPITULO XII.

La confesion.

La pobre Lucrecia no huía tanto del fraile Filippo como de sí misma. Las exaltadas palabras pronunciadas por el artista, le revelaron claramente, no ya el amor que éste la profesaba, sino el amor que ella misma sentía. Y al verse tan desgraciada en el fondo de su conciencia, tan caída de la propia estima en la soledad del interior aprecio, tan cambiada y trasfigurada por aquel afecto imposible de satisfacer, según las leyes religiosas y morales, á cuya observancia ajustaba enteramente su vida, corrió como quien huye de voraz incendio, no sabiendo sin duda que llevaba el fuego, á cuyo siniestro resplandor se conmovía hasta aterrarse en la profunda intimidad del alma. Y á mitad de aquella vertiginosa carrera, una voz que pareció á su oreja aturdida por el oleaje de sus pasiones, voz sobrehumana, la detiene recordándole el nombre de aquel que le ofrecía un matrimonio sin sombras, una vida sin manchas, una honra sin eclipses, la estimación propia unida á la estimación del mundo y de las gentes. Si del primer arranque de su voluntad y del primer pensamiento de su inteligencia se dejara arrastrar, volviérase hácia Guido y dijérale que tornara al pie de los altares, y se unieran en el santo lazo desatado al impulso de la juventud y al rápido momento de arrebato. Mas en seguida se rehizo, y comprendió, á pesar de la perturbación en que cayera al torbellino de sus pensamientos, como, para escaparse á un amor imposibilitado de llegar hasta el matrimonio, no precisaba en ninguna manera, el hundirse en el extremo opuesto, en matrimonio sin amor. Acostumbrada á los combates múltiples de tempestuosa vida, tenía en su voluntad bastante fuerza y en su ánimo bastante entereza

para luchar con todos los enemigos que le salían al paso y salir incólume, guardando la pureza de su sér y la claridad de su conciencia. ¿Por qué no conjuraria aquel amor, imposibilitado de sancionarse por el matrimonio, como venciera y desbaratara el matrimonio sin amor? Detúvose, pues, á mitad de la galería, detúvose anhelante, cual si no pudiera respirar su pecho, y quedó aterrada como si hubiera descubierto una vision sobrenatural su alma. Los ojos errantes, los labios vibrando, la color demudada, trémulo todo el cuerpo anunciaban bien cuanto sufría su espíritu.

Y formaban los diversos grupos vistosísimo cuadro en aquella galería. Hacia el centro la tabla medio comenzada, á cuyo lado se veía al pintor erguido, con la cabeza sobre el pecho, los brazos tendidos con aparente desmayo, el pincel á las plantas, mirando á Lucrecia con la candidez del niño que ha pretendido coger una mariposa, y la ha visto escaparse en rápido, inconstante vuelo á sus activas manos: cerca ya de la reja, que daba al interior del Convento, Lucrecia, vestida con su traje pintoresco de modelo, coronada con su mística aureola de vírgen, y suspensa en la incertidumbre de su ánimo entre contrarios pensamientos: en el extremo, que al Monasterio se avvicinaba, Berta con sus tocas de monja, resaltando entre el oscuro enverjado de las celosías, ansiosa por saber el sentido oculto de toda aquella escena, cuya gravedad adivinara por los ademanes que habia visto, y sin necesidad de oír las palabras, mientras al otro extremo, hacia la puerta que al exterior se avvicinaba, Guido ornado con todas sus preseas de caballero, extático á la presencia de su amada, como un místico á la vision beatífica, y al lado de Guido, el escudero Gasparo riéndose de todo y de todos como esas grotescas figuras cinceladas al pié de los bajos relieves religiosos por los escultores de la Edad Media.

El silencio por algunos momentos fué grande y correspondiente al embarazo de todos; pero lo interrumpió Guido, á quien Gasparo tiraba de la manga para que dijese alguna cosa y sacase á los circunstantes de tan crítica y dificultosa situación. En efecto, adelantóse desde el extremo de la galería al centro como por máquina.

—Filippo.

Fué la única palabra que murmuraron sus labios.

—Señor.

Contestó Filippo, exclusivamente por contestar algo, pues no sabia qué hacer ni qué decir á la vista de Guido y á la fuga de Lucrecia.

—¿Y el retrato?

Dijo á su vez el caballero al fraile maquinalmente sin pensar ni saber lo que decia: tan absorto se encontraba en la contemplacion de Lucrecia.

—¡El retrato! La Priora.....

—Me lo habia ofrecido.

—Es verdad.

—¿Por ventura, señora, exclamó adelantándose á donde estaba Lucrecia, habreis continuado en vuestra crueldad conmigo? No contenta con privarme de esa mano que creí merecida á mi constancia, ¿me privareis ahora de un recuerdo necesario á mi existencia?

—Sé en este momento por vez primera, dijo Lucrecia, repuesta de su turbacion por el imperio que ejercia sobre sí misma, vuestro deseo, que os agradezco profundamente, pues si he renunciado á vuestra mano por fidelidad á mi corazon y á mi palabra, no he renunciado á vuestra estima. Y os digo ahora mismo, con la lealtad propia de mi franco natural, que resueltamente me negara á vuestra demanda, en cualquiera ocasion que la hubiera sabido. Un retrato prenda suele ser de afectos que no reinan, que no pueden reinar en nuestros pechos. Despues de todo cuanto aquí ha pasado, paréceme lo mas saludable un prudente olvido, que á vos y á mí nos preserve de esta afliccion, de la continua vuelta con los ojos del pensamiento á tiempos desvanecidos y á hechos de todo punto pasados y cuyas consecuencias debéis creer irreparables.

—Por cruel os tuvo; mas no creí que llegarais á tanto. Altiva como la diosa del paganismo, que se imaginaba elevada sobre el amor, me desdennasteis sin piedad. Vivo, me he hundido en el palacio de mis abuelos, tan trise y frio como sus fúnebres panteones, y que yo anhelaba poblar en vuestra compañía de amor y de esperanzas. Y ahora me negais un último consuelo. No considero ese corazon tan yerto como un cadáver. Le tengo por inflamable al amor universal que está esparcido en las almas, á manera del éther en los espacios. Y algun día amareis. Y el amar, la sombra de este sér desdeñado nublará tanta felicidad, porque me habeis podido arrebatat vuestro afecto, mis esperanzas, las ilusiones forjadas en la seguridad de lograros; pero no me arrebatateis jamás el amor que os tengo y los celos en que este amor me abrasa. Desconozco quien os ama y á quien amais; aunque por vuestra letal hermosura, si creo á mi propio corazon, colijo que cuantos puedan veros, de seguro os quedarán rendidos. Pero si algun día descubro vuestro amado, el sér preferido por ese corazon, mas duro á mis quejas que las piedras, lo perseguiré con mis odios, le acosaré con mis iras, le abriré su seno con mi puñal, le sacaré las entrañas humeantes con mis manos para dárselas á mis perros de caza y me encarnizaré hasta en sus restos frios como una hiena hambrienta.

Guido y Lucrecia hablaban cual si nadie los viera ni los escuchara. Entregados á los afectos propios del choque de sus almas, en este encuentro parecian como si estuvieran solos. Pero Filippo, á quien de tal manera interesaba cuanto allí sucedia, dábase á un regocijo sin límites cuando Lucrecia hablaba de su firmeza en rechazar los halagos de Guido; recogíase dentro de sí mismo, solicitado por su instinto de conservacion al oír las reconcentradas iras con que los celos le amenazaban furiosos, y le per-

seguían en su empeño de captarse el corazón de Lucrecia. Deslumbrado un momento por la separación de su amada; con esa facilidad que tenía para pasar desde las pasiones más alteradas de los hombres al candor más ingenioso de los niños, y desde la exaltación guerrera á la ternura femenil, ya franco y ya taimado, á veces impetuosísimo como un león, y á veces astuto como un gato, trazaba en su mente con toda rapidez el doble plan á que lo comprometía su suerte para lograr la satisfacción de sus pasiones, y preservarse de las asechanzas que debían dirigirle la rabia de los celos. Así no osaba respirar siquiera por no perder ni un eco del diálogo entablado entre Lucrecia y Guido, en que materialmente jugaban ambos sin saberlo con su corazón vivamente enamorado. Y las palabras que más le alteraron fueron las siguientes de Lucrecia, reveladoras de pena que le entristecía el ánimo, y de resoluciones que contrariaban todos sus deseos. Mientras la joven las decía, entrábanle por los oídos del artista como para traspasarle el pecho. Un sudor semejante al sudor de la última agonía le bañaba todo el cuerpo; los ojos le saltaban en las órbitas como si le reventaran para deshacerse en mares de lágrimas; sacudíale un temblor tal en todos los miembros que le rechinaban los dientes; á través de su hábito, se le veían doblarse las rodillas; mortal palidez, tirando al verde lívido de los cadáveres, le teñía el rostro; y una especie de espuma, como si el corazón se le hubiera partido en pedazos, le asomaba á los cárdenos labios. No era para menos, porque Lucrecia decía estas palabras:

—Ignoro si puedo amar ó no; lo ignoro, porque nunca me he atrevido á preguntárselo á mi propio corazón, temerosa de su respuesta. A pesar de esta ignorancia conozco que tiene cada ser su inclinación predominante en la naturaleza propia y su estrella fija en el apartado cielo. ¡Ah! la mía, el punto luminoso que precede á mi destino, buscándome á través de la tierra como la retina de algún genio invisible que nunca se cansará de mirarme, se ha ensañado conmigo y me ha puesto en trance de sentir solamente crueles y acerbísimos dolores. No, no puedo esperar la felicidad sobre la tierra. Una fuerza incontrastable me separa de toda esperanza y de todo amor como esas olas interpuestas entre dos naufragos anhelantes de abrazarse, y que les impiden hasta la última satisfacción en su agonía, hasta la satisfacción de morir unidos. Como sucede á cuantos de la vida humana se disgustan, y creen que todas las cosas terrestres saben á hiel, me apresuro á enterrarme viva. Cálmense vuestras aprensiones, cáiganse vuestros celos; esta pobre mujer no será de ningún mortal ya en el mundo. Dentro de poco oiréis tañir una campana como plañendo á un muerto; vereis pasar una procesion como acompañando á un cadáver; asistiréis á misa que el claustro llamará de gloria eterna y yo de cuerpo presente; todas mis galas quedarán colgadas como recuerdos de otros tiempos ya pasados y como trofeos de otros combates ya perdidos; y mientras caiga mi cabellera á los pies y ascienda el in-

cienso á la cabeza, como volviendo á la tierra todo cuanto hay en mí de terrenal y á Dios todo cuanto hay de divino en mí, me arrodillaré perpétuamente á esperar la muerte sobre las losas funerarias de los pavimentos, como esas estatuas rígidas que á las puertas de las catedrales góticas se levantan, esperando de rodillas el momento supremo de la última hora y del último juicio.

—Cuánta retórica gastan estas mugeres florentinas, dijo Gasparo al oído de Filippo, para decir una cosa tan sencilla como que van á meterse á monjas.

Fra Filippo no oía nada. Rechinaban sus dientes, crispábanse sus manos, iban y venían ideas confusas á su cerebro, y sus labios murmuraban involuntariamente esta frase amarguísima:

—No realizarás tales propósitos porque lo impediré yo.

—Lucrecia, vais á ser esposa del Señor; ya que no mía. Mucho trabajo me cuesta; pero me resigno al cabo, aunque tristemente. No creáis que dejo de tener celos. Con el rival que me opondéis no hay combate posible. Mas que fuerte, omnipotente, no puedo ni contrastarlo, ni herirlo, ni vencerlo. Suya es vuestra vida; se la devolveis en flor: nada tengo que deciros. Mas observad como se necesita de toda la omnipotencia divina para vencerme. Dios me vence pero solamente Dios; porque mi entendimiento no ha caído en la demencia que aqueja á mi corazón, y no se arriesga ni puede arriesgarse á un combate inútil aunque me arrastrarian hasta combatir con Dios mis instintos. Aquí, á la puerta del claustro os lo digo, con el derecho que me da sobre vuestra vida mi dolor, si amárais á un mortal, ¡ay de vos, ay de vuestro amante!

—Permitidme, dijo Lippi; intervenir en una conversacion que por el tono que habeis ambos á dos empleado parece una pública disputa. La naturaleza humana no puede prescindir de interesarse por una ú otra tesis en toda controversia, por una ú otra persona en todo conflicto. Comprendo el amor que habeis sentido, y lo respeto. Comprendo el que sentireis ahora, y lo compadezco. Mas una observacion os dirigiré sin rebozo. Desde el punto en que roto vuestro matrimonio antes de consagrarse, ningún derecho os queda sobre Lucrecia, no teneis razon para impedirle otro afecto é interponeros con esas amenazas entre los deseos de su corazón y las satisfacciones de estos deseos.

—¿Qué entendéis vosotros, los frailes, de amor? ¿Qué entendéis, vosotros, los pintores, de mundo? No tendré razon; pero no busco la razon ni la invoco. Bástame con tener fuerza y creo que la tengo. Me la dará incontrastable mi sed rabiosísima de venganza. Sí, vengarme con estrépito. No podría ocultarse á mi cólera quien pudiera gozar de una delicia que para mí solo he querido y no he logrado.

—No batalleis en vano, dijo Lucrecia con señalada intencion y recalcando sus palabras con verdadera gravedad. A nadie reconozco por juez de

mi corazón sino á mi conciencia. Nadie puede dominar mis pasiones sino mi propia voluntad. Dejaos, pues, Montaperto, de querer que remontemos la corriente de la vida rápidamente impulsada por el destino hácia la eternidad. Lo sucedido en San Juan de Florencia no tiene ya remedio. Y vos, Filippo, que no me conocéis, dejad de mirar á lo porvenir como Guido mira á lo pasado. En los conflictos de la vida conozco lo que debo hacer y lo haré. Antes que empañar el alma venida de Dios y á Dios destinada sabré morir. Mi religión me impide el suicidio y me ofrece el claustro, Pues al claustro iré y me tenderé viva sobre sus losas frías para dormir el sueño eterno, como despierta me tiendo diariamente sobre el lecho para dormir el sueño de todas las noches. No me quejo de la fatalidad que me abruma; la admito, sí, triste, resignada. Mas no queráis moverme de un lado á otro, arrastrarme de aquí para allá con vuestros pensamientos. Para escapar á lo pasado entré en el claustro; para conjurar lo porvenir, en el claustro me quedo.

En esto apareció por la puerta de la galería, que daba á la calle, el hermano Serafin, seguido de sus pobres. Un niño mocososo y sucio le tiraba de los pliegues del hábito; un cojo, que apenas podía andar, se apoyaba en su brazo izquierdo; un ciego cuya cara de pascua contrastaba con los ojos vacíos, se apoyaba en el brazo derecho; cuatro ó cinco lisiados le tendían las manos en demanda y requerimiento de limosnas; dos mujeres llorosas le pedían medicinas para sus hijuelos enfermos, y dos beatas, oraciones para sus almas pecadoras. Nadie más pobre en bienes que el hermano y nadie más rico en dones. La voluntad de hacer bien tiene innumerables recursos, mientras la voluntad de hacer mal encuentra límites de los cuales no puede pasar, como por ejemplo, las sombras del sepulcro y el hielo de la muerte. El bien es infinito como Dios; y el mal limitado porque nace del límite mismo. La voluntad de hacer bien tiene igual virtud que el bien, tiene una intensidad infinita. Serafin, pobre por su casa, pobre por su religión, se levantaba todos los días como el ave que aguarda el granillo arastrado por el viento, ó como la flor que aguarda el rocío llovido por los cielos. Nada tenía al amanecer pues para sí nada necesitaba. Pero necesitaba, más que para sí, acostumbrado á comer un pedazo de pan duro y á beber el agua cojida á los torrentes en el hueco de la mano, necesitaba para los demás con vivísima necesidad. Ora le hacía falta un vestido para el huérfano desnudo, ora una medicina para el enfermo desahuciado, ora una dote para la muchacha casadera, ora una vivienda para la viuda pobre, siempre algún alivio, algún consuelo, algún lenitivo para los males humanos, á fin de llevar reverberaciones de los altos cielos á los infiernos de la baja tierra. Así es que sacaba con la influencia ejercida por su virtud, beneficios múltiples de los senos de la riqueza y los descargaba como pródiga lluvia, sobre la estéril miseria. Y de esta suerte movía los corazones de los

ricos á la beneficencia, los corazones de los pobres al agradecimiento; y derramaba en torno suyo verdadera copia de bienes. Cuando entró tan sereno, en los remolinos de pasiones levantados por el choque de tantos sucesos como agitaban el alma de los principales interlocutores, que departían en la galería, llevó, si no la serenidad completa, cierto alivio, cierto descanso, cierto desahogo á los corazones como suelen esos rayos de luna que en noche tempestuosa atraviesan las espesas nubes, y se retratan en las plácidas linfas, y, que sin ser la claridad necesaria, nos confortan y nos animan, anunciándonos que la luz brilla todavía detrás de las tinieblas. Desasióse, pues, con dulzura de sus pobres, dejándolos á un extremo de la estancia; dirigióse con ímpetu á Filippo Lippi, tomándolo de la mano para llevarlo á un rincón, y dijole rápidamente estas palabras:

—¿Qué has hecho? Infeliz.

—¿Cómo?

—Todo lo sé.

—¿Qué sabes?

—Tus burdas industrias para separarme de este sitio.

—¿Mis industrias?

—Ciertamente.

—¿Y qué?

—Que no puedes continuar un minuto en el Convento.

—¿Por qué?

—Porque todo el mundo está advertido de que no veniste por amor al arte, ni por amor á la religión.

—¿Y qué se me dá á mí?

—Y todo el mundo sabe que para impedir mi presencia aquí, has narcotizado á mi enferma.

—Lo habrá dicho el monago. Si le cojo, le mato, tunante.

—No está el mal en lo que el monago ha dicho, sino en lo que tú has hecho.

—¡Pícaro!

—No pienses en estar más tiempo aquí.

—Pues te aseguro que no puedo irme.

—Darás con tu cuerpo en un calabozo.

—Me tiene sin cuidado desde que dí con mi alma en el infierno.

—La pobre ha estado á punto de morir.

—¿Y qué me importa la muerte ó la vida de nadie, cuando de mis pasiones se trata?

—Al monago le encerraron en el cepo, á causa de haberse quedado la infeliz como muerta, en cuanto sorbió el caldo.

—Y allí en el cepo ha cantado.

—¿Pues no había de cantar?